

HEDDI GOODRICH

El futuro es simplemente un nuevo día



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Heddi se mueve por las calles de Nápoles como una nativa aunque su origen norteamericano no se le escape a nadie, especialmente a los vecinos de un barrio único en el mundo, el Quartieri Spagnoli. Allí vive arropada por una familia adoptiva de amigos y compañeros de universidades igualmente jóvenes, libres y brillantes, y este vibrante entorno calará irremediablemente en su identidad y en su forma de entender el mundo.

Cuando conoce a Pietro todo lo que había experimentado previamente en el amor deja de tener sentido: con él vivirá una historia de amor de tal fuerza e intensidad que traspasará culturas e idiomas distintos. Pero la presión de una familia atada a la tierra y a la tradición rural resultará ser un duro oponente al deseo de Heddi y Pietro de realizar sus sueños y construir su futuro...

EL FUTURO ES SIM- PLEMENTE UN NUE- VO DÍA

Heddi Goodrich

Traducción de Maribel Campmany



Ésta es una obra de ficción. A excepción de algunos personajes públicos y obras citadas para crear un contexto, los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

A mi padre, in memoriam

De: tectonic@tin.it
Para: heddi@yahoo.com
Fecha: 22 de noviembre

Ya sé que preferirías que hubiera muerto. Estoy medio vivo. No espero que me respondas y no volveré a escribirte. Pero hace casi cuatro años que intento hablar contigo. Debería escribirte una carta de al menos cien páginas para tratar de explicarme. Nunca lo conseguiría. Tampoco esta vez voy a darte explicaciones.

Soy un inepto, siempre me he fiado de mi instinto, que es falso, traidor, gilipollas. Pero hace unos años cometí el mayor error de mi vida, irremediable, inexplicable, inimaginable. Me engañé durante un tiempo (a veces todavía me sucede) pensando que había hecho lo que mi cabeza, o mi instinto, me dictaba... Tal vez fuera lo correcto, pero me arruinó la vida. Sólo quería decirte esto. Porque mereces saber que mi vida no vale un céntimo. Mereces saber que cada vez que me encuentro en la mesa con los cubiertos en la mano, por un instante estoy tentado de sacarme un ojo con el cuchillo.

Espero con todas mis fuerzas que esto pueda arrancarte una pequeña sonrisa de satisfacción, al igual que espero que el tiempo que pasamos juntos sea para ti sólo un recuerdo malo, terrible, y no una cruz. Sólo deseo que mi vida pase rápido, reencarnarme en alguien o algo mejor de lo que soy ahora, y tal vez conocerte en un aeropuerto, en Estocolmo o en Buenos Aires.

No me perdones, no me contestes, no te entristezcas. Sé muy feliz, ten hijos, escribe libros, graba casetes, haz muchas fotos... Esto es lo que me gusta imaginar cuando pienso en ti. Y, de vez en cuando, si puedes y si quieres, acuérdate de mí.

P.

1

—Heddi...

Oí pronunciar mi nombre como hacía años que no lo oía, como el nombre de una especie exótica. Articulado en tono interrogativo, pero perfeccionado, como si hubiera sido recitado muchísimas veces —con una sutil respiración y acortando las vocales— hasta deslizarse fuera de la boca con una desenvoltura extraordinaria. Ningún otro sonido en todo el Barrio Español, ni el grito terrible de una mujer engañada ni una ráfaga de balas en un arrebato de venganza, me hubieran apartado del cálido murmullo de la chimenea en una noche tan gélida.

Ante mí había un chico, un hombre, con la boca apretada como si hubiera dicho lo que debía y ahora me tocara a mí. Llevaba la camisa metida en los pantalones, remangada hasta los codos, con un útil bolsillito justo encima del corazón, tirante por el esfuerzo de contener un paquete de tabaco. No se parecía en nada al resto de los invitados, que intentaban borrar con *piercings* y rastas y una palidez insana una infancia apacible llena de ñoquis y excursiones a la playa. A pesar de la hora, el dulce olor que emanaban —a pachulí, hachís y ropa de segunda mano— flotaba todavía en la cocina y se licuaba en el de la cerveza desbravada y el del arroz con azafrán. No, era evidente que él no pertenecía a nuestra tribu de lingüistas del centenario Instituto Universitario Orientale, en el que era tan fácil entrar como difícil graduarse. Y aun así allí seguía, parado, como el agua tranquila de un lago profundo.

—Toma, la he hecho para ti —dijo, extrayendo algo del bolsillo de los pantalones. Tenía sin duda un acento meridio-

nal, napolitano incluso. Le tembló la mano, como si las aguas se agitaran un poco, cuando me dio un casete en una caja decorada a mano. «Para Heddi», ponía, justo así, empezando por la H mayúscula hasta una salpicadura de tinta, el puntito encima de la *i* que ya casi no recordaba que tenía.

Me quedé descolocada. Era justo la escritura de mi nombre lo que lo alejaba de su pronunciación, porque de este modo era fácil llevarlo a su extremo literal, con la *e* melodramáticamente alargada y la *d* debidamente reforzada por la geminación consonántica, que en el sur se tomaba muy a pecho. Podía perdonarse que la H se pasara por alto: en Nápoles, la aspiración se reservaba a la risa. «¿Como Eddie Murphy?», me decían, y yo me limitaba a asentir. Tampoco es que me disgustara mucho. Heddi fue antes, ahora era Eddie.

—¿Música? —le pregunté, y él asintió con la cabeza, con evidente incomodidad y sujetando una botella vacía de cerveza en el puño cerrado.

Tenía la espalda caldeada por la danza temblorosa de las llamas y por las risas despreocupadas de los amigos a quienes llamaba con afecto «los chicos». El hecho de que yo misma formase parte de ese clan y que en cualquier momento pudiera regresar con ellos me proporcionaba una innegable sensación de privilegio y de seguridad, aunque en ese instante me pareció que había en ello una cierta injusticia.

En la planta de abajo la puerta principal vibró con un golpe seco, con toda probabilidad era el último de los invitados que salía tambaleándose. El tipo del regalo dio un respingo al darse cuenta de que la fiesta que antes bullía a su alrededor había terminado. Intentó disimular su desazón, pero yo la noté de todos modos. Fue como un pellizco, un dolor mínimo acompañado por el pesar de haber vuelto a ser, una vez más, la única sobria.

—Debe de ser tarde —dijo.

—Creo que sí, pero en toda la casa sólo hay un reloj.

Cambió el peso de una pierna a otra y, sin querer, reflejó su asimetría inclinando la cabeza hacia un lado. Por lo menos, así podía ver mejor su rostro, que se escondía cada vez que buscaba consuelo en sus zapatos —de esos cómodos, prácticos— tras un pelo oscuro. No lo había visto nunca antes, habría puesto la mano en el fuego, porque si nos hubiéramos mirado a los ojos alguna vez, no habría olvidado esa mirada, la de alguien dispuesto a esperar.

—Bueno... —Dejó la botella en la encimera como si le diera miedo romper el cristal, a pesar de que la cocina invitaba al caos con sus botellas tiradas, sartenes aceitosas y copas manchadas de vino como dientes envejecidos.

—Perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Pietro. —Tenía un nombre tradicional y un poco rudo, y arqueó las cejas como disculpándose.

—Gracias por el casete... —dije, pero su nombre se me murió en la garganta—. ¿Así que te marchas?

—Sí. Tengo que levantarme temprano. Regreso a mi pueblo durante un par de semanas. A la tierra de mis padres, en la provincia de Avellino. Voy siempre por Semana Santa. Bueno, no sólo por Semana Santa, ya sabes cómo va...

No sabía «cómo iba», pero asentí de todos modos, agradecida por esa sucesión de frases. Todavía abrigaba la esperanza de que, en los últimos segundos, antes de su marcha (era probable que no volviera a verlo) resolvería el misterio de cómo había podido obtener tanta familiaridad con mi nombre y el motivo de que se hubiera molestado en hacerme un regalo.

—Pues adiós.

—Adiós, y que te lo pases bien en esa tierra. Quiero decir, que tengas una feliz estancia. Allí, en el campo.

Ya sólo quería que se fuera después de haber sido testigo de mi error. Era exasperante la manera en que el italiano, mi

disfraz favorito, se me descosía un poco en momentos como éstos, cuando me cogían por sorpresa.

Se despidió de todos a la vez y se marchó. Volví a ocupar mi sitio junto a la chimenea y me guardé el casete en el bolsillo de mi minifalda *vintage* de ante. Las llamas eran atrevidas, manoseaban sin pudor lo que una vez había sido la pata de una silla respetable o el cabecero de una cama individual. Al cabo de pocos segundos, el calor barrió cualquier rastro de malestar que pudiera leerse en mi cara.

—¿Cómo se llamaba ése? —preguntó Luca a mi lado, arrojando una colilla al fuego y dejando escapar de la boca una blanca orla de humo.

—Pietro, creo —dije, saboreando por fin la solidez de ese nombre.

—Ya sé. Es amigo de Davide.

—¿De qué Davide?

—Ese bajito con el pelo rizado —intervino Sonia, la otra chica de nuestro grupo más íntimo.

Ah, sí, Davide. Luca a veces tocaba en su grupo. Davide, Pietro, ¿qué diferencia había? El hecho era que no necesitábamos a nadie más en el clan. Estábamos bien así.

Yo estaba bien.

Hipnotizados por las llamas, dejamos deslizar la noche en un limbo sin horas, sin luna. Hablamos de hinduismo, del alfabeto fenicio, de Manos Limpias. De vez en cuando, un pedazo de madera se derrumbaba sobre las brasas, provocando una vistosa exhibición de chispas y algunos suspiros de estupor por ese breve momento trágico. Cuando el fuego dio señales de somnolencia, Luca se puso a revolver entre la madera reaprovechada, donde justo al lado había una guitarra acústica. Tonino se acercó a ella con su mano peluda.

—Ni se te ocurra echar esto —dijo Angelo, otro de los chicos.

—No, Tonino, ¡por favor! —exclamó Sonia.

—La fiesta ha terminado, chicos —anunció él con un marcado acento pullés, apoyando la guitarra sobre una rodilla—. Me cago en todo, ¿necesitáis una nana para entenderlo?

Ésta era la parte que más me gustaba. Las vulgaridades de Tonino avivaban la intimidad, y sus gafas redondas se encendían como anillos de oro a la luz del fuego mientras tocaba una canción que se parecía vagamente a *Attenti al lupo*. Aporreaba la guitarra con sus rudas manos velludas, manos de un enano de jardín que había cobrado vida. Y era peludo por todas partes. Una vez me pidió que le depilara la espalda para dar el golpe de gracia a las ladillas, la única prueba irrefutable de que de verdad había conseguido llevarse a una chica a la cama, española, según él. Debajo de todo, esquilado como una oveja en primavera, Tonino poseía unas líneas casi delicadas que hacían que se pareciera, en ciertos ángulos, a mi hermano.

Cantó con voz agresiva, casi ahogada:

—Hay una profesora así de pequeña... con dos huevos grandes para suspender... Y hay un estudiante así de pequeño... que debería ponerse a estudiar... Y tiene un cerebro así de enorme... con pajas mentales que hacer...

—Joder, será un exitazo —dijo Angelo—. Hazme caso: olvídate de los estudios y monta un grupo punk.

—¿Por qué no? Y también le preguntaré a la profe de sánscrito si quiere hacer de batería, así tendrá algo más que machacar aparte de a mí.

Luca sugirió:

—¿Por qué no nos tocas una de esas viejas canciones napolitanas?

Tonino le pasó la guitarra.

—Yo no soy ningún partenopeo de mierda —dijo, pero era una apreciación.

—Yo sólo soy medio napolitano.